

*La pequeñez de Europa es hija de su grandeza
histórica*

En cuanto los pueblos europeos emprendieron la conquista de América y la circunnavegación del globo a partir de 1492, Europa se convirtió en el punto de partida de la era planetaria, que fue a la vez una etapa de occidentalización y mundialización.

En la actualidad, sin embargo, Europa ha enco-
gido.

No es más que un fragmento de Occidente, cuando, cuatro siglos antes, Occidente era un fragmento de Europa. Ya no está en el centro del mundo y ha quedado confinada a la periferia de la historia.

Se ha vuelto provinciana con respecto a los gigantes protagonistas de la era global. Se ha convertido en una provincia del mundo y ha perdido cada vez más peso en cuanto a demografía, poder militar y recursos energéticos y mineros.

Esta nueva condición de provincia del mundo

conmina a Europa a superar su actual fragmentación en Estados individuales dotados de soberanía absoluta.

Europa se ve obligada a realizar dos conversiones aparentemente contradictorias, pero en la práctica complementarias: debe superar la nación y reconocer su condición de provincia. Los europeos debemos unir estos dos actos en un único proceso. Solo así podremos asumir el destino del planeta y, en consecuencia, regenerar de forma novedosa y concreta ese Universal definido por nuestra cultura.

Europa debe convertirse en una provincia y en una metanación. Solo esta doble metamorfosis puede llevarla a desempeñar un papel decisivo en la toma de decisiones de los procesos de globalización, un papel consciente y creativo precisamente por la especificidad de su historia y de su identidad plural.

La renuncia forzada a ser el centro del mundo podría abrir una vía para la salvación de Europa.

La Europa geográfica es una y es múltiple

La Europa geográfica no tiene un centro fijo. A lo largo de su historia, sus centros se han desplazado y han aparecido otros nuevos.

La Europa medieval desplazó su centro hacia el norte, hacia el mundo germánico; un centro que, durante miles de años, estuvo situado más al sur, en las penínsulas del Mediterráneo.

La Europa moderna ha acompañado su dinamismo económico de una serie de desplazamientos continuos del centro. Venecia, Amberes, Génova, Ámsterdam y Londres fueron en su momento las piedras angulares de una red económica cada vez más extensa y tupida.

Europa posee fronteras permeables, de geometría variable, que sufren deslizamientos, roturas y transformaciones.

Europa posee una extensión de fronteras marítimas fluidas que no tiene parangón con ningún otro continente. Para sus numerosos pueblos costeros, estas fronteras representan una apertura al exterior, una prolongación, una placenta alimenticia.

Europa huye de cualquier polarización geográfica rígida: no es un Occidente que se contrapone a un Oriente; no es un Norte que se contrapone a un Sur.

Europa no puede definirse mediante una frontera con Asia; es una «península», pequeña pero muy influyente, de ese vasto continente que es Eurasia, cuya historia global siempre ha influido en la historia de Europa y de sus parcelas individuales. Las vicisitudes del pueblo ruso, acaecidas en el enorme

territorio que se extiende a ambos lados del curso del Volga y de los montes Urales, son tan solo el último eslabón de una cadena de hechos que implican a los innumerables pueblos que se han desplazado por el espacio euroasiático. Las vicisitudes del pueblo turco, que, a caballo entre Europa y Asia, es actualmente heredero tanto de los pueblos sedentarios mediterráneos como de los nómadas de Asia central, pueden considerarse paralelas.

Europa no puede definirse mediante una frontera con África. El Mediterráneo fue su lago interno durante los siglos de hegemonía del Imperio romano. Ni siquiera la irrupción del islam, que levantó barreras y multiplicó los conflictos con los países europeos, logró anular la afinidad que existía entre las diferentes formas de vida de sus orillas ni las redes de comunicación que tenían su centro neurálgico en el Mediterráneo, sino que las redefinió de varias maneras. El Mediterráneo fue la «membrana líquida» que permitió la aportación fundamental de la cultura árabe a la Europa medieval y luego se convirtió en la sede de los imperios marítimos de Génova, Venecia y Cataluña.

Europa no puede definirse mediante una frontera con América. En la Edad Moderna, el Atlántico se convirtió en el eje del desarrollo de su comercio. Los diversos grupos y pueblos europeos, al mezclar-

se de multitud de maneras en suelo americano, dieron origen a «nuevas Europas».

Del mismo modo, se delinearon «nuevas Europas» en Australia y Nueva Zelanda, en un continente situado geográficamente en las antípodas de Europa.

La Europa cultural es una y es múltiple

Europa siempre ha sido una tierra de culturas locales, irreducibles a una sola y a veces ferozmente adversas. Sin embargo, el suelo europeo ha sido escenario de la regeneración constante de una civilización, de un contexto común donde las distintas culturas han conseguido dialogar.

En el seno de Europa nacieron las universidades: grandes centros de la memoria, del saber, del pensamiento y del debate fundados en la Edad Media, cuando el latín, la única lengua cultural reconocida, servía al clero de nexo de unión. Fue así como se constituyó una Europa cultural policéntrica, cuya conservación —y posterior desarrollo— llegó hasta la era de la evolución de las lenguas nacionales, que se convirtieron en su totalidad en lenguas culturales. El bilingüismo, el poliglotismo y las traducciones se multiplicaron durante la Edad Moderna. Don

Quijote, Hamlet y Fausto supieron traspasar todas las fronteras lingüísticas.

La Europa cultural moderna nace también gracias a una reinterpretación positiva de la diversidad de sus raíces. Surge de la superación de los enfrentamientos frontales y del nacimiento de un diálogo entre las instancias judías, cristianas, griegas y latinas. El Renacimiento abre un periodo ininterrumpido de intercambios y de aportaciones recíprocas entre los distintos agentes culturales de estas raíces, que no pierden por ello su carácter antagónico. La originalidad europea consiste en la complementariedad y, al mismo tiempo, en la conflictividad que existe entre las herencias griega, romana, judía y cristiana.

La cultura europea emerge del Renacimiento y, gracias a este, se convierte en una vorágine dialógica permanente que genera ideas, teorías, aspiraciones, sueños y formas que se asocian y se disocian continuamente.

De esta vorágine nacen y se desarrollan la tecnología, la ciencia, el Racionalismo, la Ilustración y el Romanticismo.

De esta vorágine nace un espacio cultural, indivisible a la par que conflictivo, transnacional y transecular. Filosofía, ciencias, ideas políticas, letras, poesía, novela, arte y música constituyen su trasfon-

do común. Es la Europa de Montaigne, Copérnico, Kepler, Galileo, Bacon, Descartes, Pascal, Spinoza, Leibniz y Newton.

Molière, Diderot, Rousseau, Goethe, Marx, Nietzsche, Kafka, Freud, Shelley, T. S. Eliot, Dickens, Dostoievski, Tolstói, Pushkin, Proust, Mozart, Beethoven, Debussy, Mahler, Rembrandt y Miguel Ángel pertenecen a todos los europeos por igual. El imaginario europeo se ha enriquecido gracias al cine con mayúsculas del siglo xx: el de Fritz Lang, Pabst, Eisenstein, Tarkovski, Rossellini o Fellini.

En este espacio cultural toma forma lo que convertirá la cultura europea en algo único y que ha fomentado su difusión y su éxito mundial: un pensamiento que se interroga constantemente y que problematiza la naturaleza, el hombre, la razón y hasta la fe. Las respuestas se multiplicaron y se contradijeron, pero, por suerte, las grandes cuestiones siguieron quedando en el aire.

El pensamiento europeo se caracteriza además por su carácter dialógico; en él dos tipos de pensamiento son inseparables por su propio antagonismo: la fe y la razón, la duda y la religión. Europa cuenta con pensadores de la duda como Montaigne y con pensadores de la razón como Descartes. Pascal une la duda y la fe mística y utiliza las armas de la razón para demostrar sus límites.

La universidad europea conquistó su libertad con respecto a los poderes y las iglesias instituidas. Precisamente por ese motivo se convirtió en un lugar privilegiado para problematizar la realidad, aspecto que caracteriza a la cultura europea moderna, aunque esta no esté exenta de ambivalencias ni de conflictos internos. Durante los siglos xvii y xviii, la mayor parte de los descubrimientos científicos tuvo lugar al margen de las universidades, encalladas con frecuencia en un conservadurismo rígido y estereotipado. No obstante, a comienzos del siglo xix, la reforma llevada a cabo en Berlín por Humboldt introdujo definitivamente las ciencias en las universidades y las convirtió en pilar fundamental de la cultura europea moderna.

La historia de Europa es una historia de metamorfosis

En el origen de Europa no existe un único principio fundador. El principio griego y el principio latino proceden de su periferia y la preceden. El principio cristiano proviene de Asia y no se difundirá por Europa hasta finales del primer milenio de su historia.

Europa huye de cualquier perspectiva simplifi-

cadora que se empeñe en considerarla una entidad puramente religiosa o puramente laica, conservadora o revolucionaria, guiada en exclusiva por las luces del racionalismo científico o basada en la tradición, unida o dividida.

Si creemos detectar un atributo auténtico y originario de Europa, omitimos su contrario, también plenamente europeo.

Europa es derecho, pero también albedrío.

Europa es democracia, pero también opresión.

Europa es dignidad humana, pero también racismo.

Europa es espiritualidad, pero también materialismo.

Europa es medida, pero también desmesura.

Europa es razón, pero también sueño y mito.

No existe una Europa clara, definida y armoniosa.

No existe una esencia ni una sustancia europea primaria.

No existe una realidad europea anterior a cualquier antagonismo.

Civilización y barbarie han ido de la mano a lo largo de toda la historia de Europa.

Europa huye de toda exaltación y de toda devaluación demasiado radical.

Europa ha concebido, puesto en marcha y de-

sarrollado el pensamiento laico, los derechos humanos y las ideas de libertad y de democracia.

Europa, sin embargo, también ha practicado durante siglos la esclavitud en el mundo entero. Con el colonialismo oprimió a innumerables pueblos e impidió que estos se emanciparan. A veces redujo sus propias creaciones políticas e intelectuales a formas de pensamiento simplificadoras y restrictivas, y las implantó en otras culturas. Otras veces, la visión europea se impuso como dominadora de las demás culturas; consintió y provocó la destrucción de tradiciones milenarias en todo el mundo al considerarlas un conjunto de errores, prejuicios y supersticiones que era preciso erradicar para abrir paso a la civilización única y «verdadera».

Por otra parte, Europa ha sabido interactuar de modo fecundo con otros pueblos, contribuyendo a valorarlos y abriéndoles nuevas posibilidades de desarrollo.

La Europa moderna unifica el mundo

Durante el siglo que siguió al año 1492, los pueblos europeos conquistaron las Américas y circunnavegaron el globo. Las redes de intercambio continentales, hasta ese momento aisladas, se entretrejieron

rápida­mente formando una economía única y global. Las formas de vida material de los pueblos comen­zaron a converger. La progresiva influencia de la mundialización produjo, sobre todo, el derrum­bamiento de las barreras agrícolas y culturales, el descubrimiento de la diversidad antropológica, bio­lógica y ecológica de la Tierra, la interconexión de todos los continentes y, en definitiva, la occidentalización del mundo gracias a la hegemonía, directa o indirecta, de las potencias europeas.

La era planetaria dio su pistoletazo de salida con la unificación microbiana y agrícola del mundo. Las bacterias y los virus procedentes del Viejo Mundo diseminaron la viruela, el sarampión, la gripe y la tuberculosis por el Nuevo Mundo, causando estragos entre la población nativa. Aquellos pueblos no habían desarrollado ninguna forma de inmunidad frente a las bacterias y los virus europeos.

Las epidemias que durante miles de años habían arrasado las civilizaciones del Viejo Mundo eran, por lo general, un fruto envenenado de sus modos de vida agrícolas y sedentarios. Muchas veces los gérmenes letales eran mutaciones que los animales domesticados transmitían a los hombres y que luego encontraban condiciones favorables para su propa­gación por la gran densidad humana característica de extensas regiones de Eurasia.

El Nuevo Mundo no conocía epidemias de este tipo porque la cría de animales era prácticamente desconocida y la concentración de la población era un fenómeno mucho menos frecuente. La sucesión de epidemias en el Viejo Mundo había producido en los pueblos euroasiáticos una relativa inmunidad a las peores enfermedades de tipo viral. En los pueblos nativos americanos no había ocurrido nada parecido.

Hasta entonces, el planeta había estado dividido en sistemas agrícolas muy diferentes, basados en distintos tipos de cultivos y de cría de animales (por otra parte, no todos los sistemas agrícolas habían adoptado la domesticación de animales). Aunque el cultivo de algunas especies vegetales y la cría de algunas especies animales se habían difundido mucho más allá de sus focos originarios y a veces habían conseguido conectar diferentes sistemas agrícolas, por norma general, estos últimos habían permanecido aislados.

Después de 1492, ese aislamiento se convirtió de repente en fusión. La alimentación y la propia vida social de los europeos se transformaron de la noche a la mañana gracias a la introducción del maíz, las patatas, las batatas, las judías, los tomates, las calabazas, los pimientos, el cacao y el tabaco. La mandioca brasileña se difundió por los trópicos africanos y asiáticos. Por su parte, las plantas tropicales del Viejo Mundo transformaron la ecología y la economía de los

trópicos del Nuevo Mundo con el cultivo del arroz, el café, la caña de azúcar, el plátano y el algodón. Los europeos introdujeron en América los caballos, el ganado bovino y ovino, el grano, la vid y el olivo.

*Civilización y barbarie se han sucedido
en la mundialización de Europa*

En el transcurso de pocas décadas, el impulso expansionista de pequeños países europeos situados en los límites del océano Atlántico volvió permeables las barreras comerciales entre Europa y América, Europa y África, África y América y Asia y América. Los intercambios globales se intensificaron rápidamente. Gracias a las rutas marítimas transoceánicas, dominadas en un primer momento por las monarquías española y portuguesa y luego por las compañías inglesas, francesas y holandesas, pudieron conectarse en un único sistema las minas de plata de América meridional, las plantaciones de caña de azúcar de África occidental, la seda de China y la canela y los clavos producidos en las «islas de las especias», entre Indonesia y Nueva Guinea.

Los encuentros, frutos del azar, del deseo o de la violencia, crearon poblaciones mestizas en vastas áreas de América, donde se instaló a los negros afri-

canos capturados en masa para compensar, sobre todo, la hecatombe de nativos que habían sido víctimas de las enfermedades europeas y de la implacable explotación colonial. Mientras tanto, los europeos se fueron asentando en la propia América, en Australia, Nueva Zelanda, Sudáfrica y en muchas otras avanzadillas por el mundo entero, donde trasplantaban la civilización europea, con sus armas, sus técnicas y su visión del mundo.

Durante toda la Edad Moderna, la propagación europea por el mundo estuvo marcada por una ambivalencia constante, por una dicotomía conflictiva entre creación y destrucción que continúa aún en nuestros días. Los europeos se abrieron paso por todo el mundo valiéndose de imperialismos, colonialismos, violencia y explotación despiadada de las poblaciones autóctonas. Con todo, no siempre prevaleció la destrucción; los encuentros entre culturas dieron lugar a subordinaciones, homologaciones y aniquilaciones, pero también a nuevas resistencias a la homologación, a nuevos experimentos culturales, a nuevos híbridos y a nuevos mestizajes.

La hegemonía de Europa en el mundo originó asimismo una reflexión saludable en el interior de la propia cultura europea. Hizo que se cuestionasen los fundamentos religiosos y culturales de su dominio del mundo.

Bartolomé de las Casas, fraile español de origen converso, consiguió convencer a los teólogos católicos de que los nativos americanos también estaban dotados de alma, aunque Jesucristo no hubiera pisado las Américas. Montaigne insistió en que nuestra civilización no era necesariamente superior a las demás, incluidas las que se habían destruido en América. La autocrítica continuó con Montesquieu, que dirigió hacia Francia una mirada etnográfica de origen presuntamente persa.

En el exterior, la hegemonía europea provocó una reacción feroz tendente a restablecer la especificidad y originalidad de las culturas autóctonas de muchas partes del mundo.

Las ideas emancipadoras, nacidas en Occidente y para Occidente, se extendieron hasta el horizonte del mundo y reivindicaron la emancipación de los dominados, de los explotados y de los colonizados.

Los Estados nacionales son una invención europea

Los Estados nacionales son una invención europea de la Edad Moderna. Esta invención se mundializó durante los siglos XIX y XX.

La historia durante cuyo transcurso surgieron y

se desarrollaron es larga, ambivalente y, en muchos aspectos, dramática.

Los Estados nacionales son al mismo tiempo integradores y destructores.

Los Estados nacionales son la expresión política en la que han cristalizado las aspiraciones étnicas y religiosas de los europeos.

Los Estados nacionales poseen un contenido que es, al mismo tiempo, moderno y arcaico. Implican un aspecto mitológico extremadamente marcado, que viene expresado por la idea y el sentimiento de patria.

Patria es una palabra hermafrodita que simboliza tanto la sustancia paterna como la materna. Declina padre en femenino y le añade el apelativo materno «madre patria». Simboliza el amor y la protección de la madre, ligados a la tierra y al hogar y, al mismo tiempo, simboliza la autoridad protectora del padre, encarnada por el Estado, al que se debe obediencia y respeto incondicionales.

La pertenencia a una patria genera la comunidad fraterna de los «hijos de la patria». El himno nacional francés, *La Marsellesa*, que ha despertado el sentimiento nacional en muchos otros países europeos que se inspiraron en los ideales de la Revolución francesa, comienza precisamente con «*Allons enfants de la Patrie*», frase que expresa a las mil maravillas que somos hermanos en la patria.

La fraternidad mitológica de la patria agrupa a millones de personas que no tienen ninguna relación de parentesco entre sí.

La nación replantea, en una dimensión moderna, el calor del núcleo familiar y de ese vínculo tribal o de clan que se ha perdido precisamente con la influencia de la modernidad. Restablece en los adultos la relación arcaica de los niños con el hogar protector.

El Estado simboliza, al mismo tiempo, fuerza, armas, autoridad y defensa.

Es comprensible que, en los momentos en que la crisis actual y la incertidumbre acerca del futuro se vuelven cada vez más agudas, acudamos al Estado nacional para encontrar la seguridad y el sentimiento de comunidad que echamos en falta.

La historia de la Europa moderna es la historia de sus Estados nacionales

La Europa de la Edad Moderna nace como consecuencia de la primera globalización y los Estados europeos asomados al Atlántico fueron sus actores estrella. Tejedores de las primeras redes económicas a escala mundial, construyeron extensos mercados internos y nuevos tipos de consumidores. La unifi-

cación vertical de las naciones resultó crucial para la consecución de este objetivo: se crearon comunidades nacionales amplias, que fueron más allá de aquella dimensión puramente local en que se desarrollaba la vida de gran parte de los súbditos de la época (aún no se los consideraba ciudadanos).

Las comunidades nacionales cobraron vida y gozaron cada vez de mayor cohesión gracias a la construcción y a la evolución de nuevas identidades y de nuevas tradiciones, comunes a todos los ciudadanos, independientemente de sus etnias de origen y de sus diferencias económicas y de clase. Los campesinos y los nobles de un país se vieron viviendo de la noche a la mañana en un mundo cada vez más comunitario.

El hecho de compartir símbolos, monumentos, narraciones y tradiciones fue un instrumento de suma importancia que los gobernantes utilizaron a la hora de realizar sus elecciones políticas. La formación y la difusión de las lenguas nacionales en Europa occidental dieron a millones de ciudadanos la posibilidad de comunicarse de manera directa los unos con los otros y de tener acceso a un patrimonio cultural impresionante.

Los Estados nacionales europeos promovieron una homogeneización política que favoreció la homogeneización cultural y que, a su vez, redundó en

una homogeneización política más profunda, la cual consiguió grandes resultados, sobre todo en los países de Europa occidental: individuos y colectividades de orígenes extremadamente heterogéneos se vieron integrados en nuevas comunidades, sólidas y amplias.

No obstante, la construcción de los Estados nacionales en Europa occidental también tuvo un lado oscuro. A veces, la integración de innumerables comunidades locales en una única comunidad nacional, amplia e integrada se llevó a cabo a través de la homologación y la purificación religiosa y étnica.

En los Estados nacionales se propagaron dos enfermedades: la purificación homologadora interna y la sacralización de las fronteras externas.

En 1492 se infringió la tolerancia religiosa en España

La España medieval era tolerante y multicultural.

La península ibérica estaba entonces dividida en dos: una zona islámica meridional y una zona cristiana septentrional. En la zona islámica existía una notable tolerancia hacia cristianos y judíos; en la zona cristiana existía una notable tolerancia hacia musulmanes y judíos.

Esta tolerancia recíproca se infringió en 1492.

Ese no solo fue el año en que Cristóbal Colón, tras partir de España, desembarcó en América y dio inicio a la conquista europea del Nuevo Mundo.

Ese también fue el año en el que los reyes cristianos completaron la unificación nacional. Se «conquistó» el reino de Granada, el último bastión islámico de la península ibérica, y se inició la conversión forzada de los musulmanes.

Ese también fue el año en que Fernando de Aragón e Isabel de Castilla proclamaron el edicto que imponía a los judíos la elección, en el plazo de tres meses, entre la conversión o el exilio, y que establecía la pena de muerte para los infractores. El que decidía marcharse debía vender todos los bienes materiales que no era capaz de llevarse consigo. Los judíos en diáspora se establecieron en los pocos lugares en los que encontraron a un soberano dispuesto a acogerlos: en Flandes, Polonia, Lituania y África septentrional, pero, sobre todo, en muchas regiones del Imperio otomano (desde los Balcanes hasta Oriente Medio), donde el sultán favorecía su asentamiento.

A partir de entonces, los judíos fueron expulsados de Marsella, Sicilia, Portugal, Navarra, Núremberg, Nápoles y la Provenza francesa, y en España se extendió la purificación religiosa.

Pocos años después, un decreto impuso la conversión de los musulmanes del reino. Muchas veces los «cristianos nuevos», llamados moriscos, continuaban profesando en privado su religión tradicional y sus costumbres. Después de algunas décadas de relativa tolerancia, creció la desconfianza hacia ellos. A comienzos del siglo xvii, Felipe III decretó también la expulsión de estos pueblos, que estaban asentados, sobre todo, en las regiones de Valencia, Aragón, Extremadura y Andalucía. En algunos casos, el campo se despobló con su partida.

Europa fue escenario de las guerras de religión entre cristianos

Las guerras entre católicos y protestantes estallaron en los siglos xvi y xvii.

Antes de convertirse en guerras entre países, esas guerras fueron, sobre todo, guerras civiles en el interior de cada país.

En 1648, católicos y protestantes lograron alcanzar un acuerdo gracias a los tratados de Westfalia. El acuerdo se fundaba en el principio *cuius regio, eius religio*; es decir, en materia de religión, cada soberano podía hacer y deshacer a su antojo. La religión del príncipe se convertía en religión de Estado. La

tolerancia religiosa estaba supeditada a las concesiones reales, que podían sufrir modificaciones en cualquier momento según su arbitrio.

La voluntad de purificación religiosa no se atenuó lo más mínimo en ningún país. Es más, se agravó.

La separación de los distintos credos religiosos fue especialmente significativa en Alemania, que entonces se hallaba fragmentada en multitud de principados. Durante el mismo periodo, el anglicanismo se consolidó en Inglaterra en contraposición al catolicismo, y muchos católicos tuvieron que emigrar al continente.

Francia constituyó una notable excepción, pero solo durante un siglo. El edicto de Nantes, promulgado por Enrique IV en 1598, reconocía amplios derechos a los protestantes en un país de mayoría católica. No obstante, estos derechos sufrieron sucesivas restricciones. Luis XIV emprendió severas persecuciones contra los protestantes y, al final, abolió el edicto de Nantes en 1685 al juzgar que la pluralidad de confesiones constituía un «atentado» contra el Estado. Los protestantes tuvieron que convertirse en masa e incluso se les prohibió que emigraran. Sin embargo, cientos de miles de personas lograron escapar al férreo control del Estado y encontraron asilo en Suiza, Holanda, Brandeburgo y otros Estados alemanes.

El monarca absoluto, que se identificaba con el Estado, podía decidir con un decreto la suerte confesional de sus súbditos, lo cual dejó la puerta abierta para que el control estatal sobre el culto se extremara y sufriera un viraje que se transformaría en una nueva religión a menudo muy intolerante: el culto al Estado.

En la Europa moderna no existe una comunidad de destino

La historia de la Europa moderna es la historia del enfrentamiento de los Estados nacionales hasta llegar al paroxismo de las dos guerras mundiales suicidas del siglo xx.

Las culturas nacionales se contrapusieron y los territorios de los Estados se vieron delimitados por fronteras sagradas e inviolables.

Estas contraposiciones y delimitaciones resultaron ser inadecuadas, contradictorias y fuente de graves controversias. De hecho, muchas zonas fronterizas eran fluidas y multiétnicas. Se trataba de lugares en los que el solapamiento de lenguas, culturas y modos de vida estaba muy arraigado y era difícilmente simplificable.

Lo que más contribuyó a la unión del Estado na-

cional en su fuero interno lo hizo colisionar a su vez con los demás Estados. La nación evolucionó como una comunidad con identidad propia, como un conjunto de actitudes frente al extranjero, cuando no frente al enemigo. El sentido de una pertenencia nacional común degeneró con frecuencia en un nacionalismo exacerbado que fue la causa desencadenante de una serie interminable de conflictos, de una larga cadena de «guerras civiles europeas»; guerras que, a su vez, intensificaron la cohesión interna de cada país, enfrentado a veces en una lucha mortal a un enemigo que se sentía como «hereditario».

La historia europea de comienzos del siglo xx está marcada por una formidable conflictividad social y de clase dentro de las grandes naciones occidentales y, además, por una formidable solidaridad interna contra el enemigo externo. La conflictividad interna parece predominante antes de 1914 y enfrenta a los partidos obreros, revolucionarios e internacionalistas contra los partidos burgueses, tradicionalistas y nacionalistas. No obstante, el repentino estallido de la Primera Guerra Mundial llevó a los partidos internacionalistas de cada país a unirse a sus adversarios de clase en la «unión sagrada» contra el enemigo exterior.